

Conflicto armado en Colombia y sus consecuencias sobre niños y jóvenes

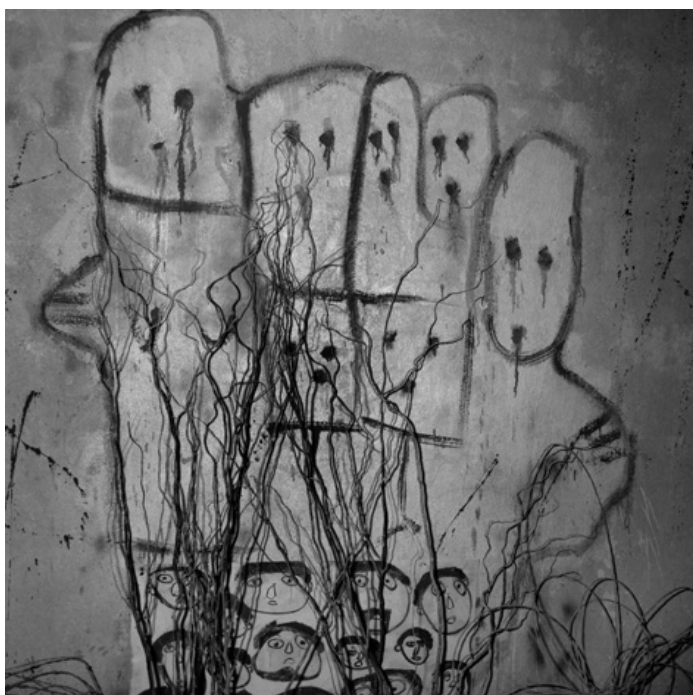


IMAGEM Roger Ballen

ENTREVISTA DE
Paulo Cesar Pontes Fraga
CON
Germán Muñoz González

Paulo Fraga: Me gustaría saber más sobre su trayectoria como militante, profesor e investigador sobre los temas niñez, adolescencia y violencia en Colombia.

Germán Muñoz: Soy profesor en la Universidad de Manizales, una ciudad de provincia cercana a Bogotá, la capital, en donde vivo. Soy director, en el Doctorado en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, de una línea de investigación llamada Jóvenes, Culturas y Poderes, la cual es muy importante por su producción científica en el campo de estudios sobre la Juventud. En esta línea hemos estado más interesados recientemente en debates y temas de investigación relacionados con dos grandes categorías que son importantes hoy en el mundo entero y en particular en América Latina y en Colombia, por supuesto. Las dos categorías son necropolítica y juvenicidio. Los temas relacionados con niñez y juventud están articulados. En Colombia y en la región latinoamericana hablamos del impacto de la violencia sobre niños, niñas, adolescentes y jóvenes, pues se encuentran en relación directa los dos temas, niñez y juventud. Yo me ocupo un poco más del tema jóvenes y ahí es donde podría ubicarse mi investigación actual.

Paulo Fraga: Colombia, como otros países del continente, en las últimas décadas ha afrontado muchos problemas relativos a la violencia, pero el caso colombiano tiene especificidades en relación con la cuestión de la guerrilla y el narcotráfico. Sabemos que en los últimos años se han alcanzado avances en las negociaciones de paz y cambios de la política del gobierno. ¿Cuál es la situación del conflicto armado en Colombia actualmente y qué impacto esto tiene sobre niños, adolescentes y sobre la población en general?

Germán Muñoz: Cuando hablamos de Colombia y del tema de la guerra, del conflicto armado, estamos hablando de una larga historia de un poco más de sesenta años, que principalmente tiene antecedentes, por razones muy diversas, en la lucha por la tierra. Otras causas más recientes, desde los años setenta del siglo pasado, han sido la irrupción del narcotráfico y posteriormente del paramilitarismo. La pobreza, la precariedad, la situación de injusticia y el lugar que el Estado ha ocupado en este conflicto armado, pues de diversas maneras influyen y afectan directamente a toda la población, pero de manera particular a niños, niñas, adolescentes y jóvenes.

La guerra ha afectado a hombres y mujeres, ha traumatizado y dañado a las familias y las comunidades y sigue siendo parte de la vida de la comunidad nacional, aunque estamos en un proceso de negociación de paz en la Habana, en donde se encuentran sentados en una mesa de negociación la guerrilla de las FARC y el gobierno nacional, a través de los representantes nombrados para hacer esta negociación. La negociación, que ya dura más de 2 años, aún no ha concluido y se encuentra en un momento crítico. Se han dado avances significativos, pero hay muchas fuerzas oscuras de la economía y la política nacional que no están interesadas en que el proceso concluya exitosamente.

Las huellas de la guerra han sido muy destructivas y la población civil se encuentra entre los sectores más vulnerables, específicamente niñas y niños, quienes han recibido el daño y las consecuencias según sus edades, experiencias vividas y condiciones del contexto. Tenemos que decir que la guerra en Colombia ha causado la muerte de miles de niños y niñas, algunos en las masacres y otros en los enfrentamientos entre sectores armados. Los niños y niñas han fallecido también por causa de campos minados, por incursiones y ataques en sus pueblos y han sido víctimas de casi todas las modalidades de violencia. Digamos que cerca de 2 millones y medio de menores de edad han sido desplazados; 70.000 han sido víctimas de violencia sexual, desaparición forzada, homicidios, minas antipersonas y reclutamiento forzoso en las filas de la guerrilla y por paramilitares.

Han experimentado la violencia de manera dramática y cruda, porque han sido testigos de hechos atroces, como el asesinato y tortura de sus padres, madres, familiares y vecinos, la quema y destrucción de sus hogares, animales y objetos personales. Han quedado con marcas permanentes en sus cuerpos. Han sufrido la amputación de sus miembros por minas antipersonas. Han sufrido abuso sexual, tortura, reclutamiento ilícito, entrenamiento para la guerra por parte de los grupos armados. Han sido reclutados por esos grupos armados, entregados para ser criados por las familias de sus captores, arrancados de sus familias y comunidades y quienes han sobrevivido huyen de la guerra en condición de desplazamiento forzado. Todo lo anterior es parte de una historia que todavía hoy se mantiene en muchos territorios del país.

Paulo Fraga: Dos cuestiones de las cuales usted habló llamaron mi atención. Primeramente, la cuestión del desplazamiento forzado en Colombia. Sabemos que Colombia fue durante mucho tiempo el país del mundo con mayor desplazamiento forzado de personas internamente en su territorio. ¿Cuál es la situación al respecto hoy? ¿Cuáles son los territorios con mayores conflictos en este sentido? En segundo lugar, ¿cuál es la situación de los niños y los adolescentes en esos territorios que históricamente han sufrido una mayor violencia?

Germán Muñoz: Cuando hablamos de desplazamiento forzado se trata de cerca de 5 millones de colombianos que han padecido esta grave situación. Quienes son desplazados abandonan todo: casas, amigos, su historia, su biografía, etc. y cerca del 70% son menores de 18 años. Es una situación muy grave que igualmente se presenta en las ciudades no solamente en los territorios periféricos o las zonas rurales. Dentro de las ciudades permanentemente se vive también desplazamiento forzado, porque cuando llegan los campesinos e indígenas desplazados a las ciudades, no encuentran acogida ni atención. No hay programas coherentes ni políticas públicas estructuradas para atenderlos y en los barrios periféricos en donde se asientan, igualmente siguen recibiendo el hostigamiento de fuerzas armadas de diferentes tipos que consideran que estos desplazados, si huyeron, debieron ser parte de algún grupo armado y así siguen siendo señalados y discriminados.

Cuando los niños desplazados van a los colegios y se ubican allí, son identificados como los hijos de desplazados, sufren igualmente ese señalamiento. Es una situación que sigue formando parte de la vida nacional y aunque existe una unidad de restitución de tierras y de atención a víctimas por parte del gobierno de [Juan Manuel] Santos, el actual presidente, no es claro que los desplazados puedan recibir finalmente de nuevo las tierras que les fueron arrebatadas, porque existen muchos intereses de por medio y cuando ellos vuelven a sus tierras, existe la posibilidad real de que sean nuevamente victimizados por quienes se apoderaron ilícitamente de ellas.

Los impactos directos del desplazamiento sobre niños, niñas y adolescentes son el desarraigo, el deterioro de su calidad de vida, el hacinamiento, el hambre, el encierro en los lugares en donde se establecen de forma precaria. La vida en las ciudades los coloca ante muchas humillaciones, exclusiones, discriminaciones raciales, étnicas, de clase. Sufren burlas por su origen étnico, color de piel, rasgos campesinos, sus modos de hablar, todo lo que implica humillaciones en situaciones que son generalmente de extrema pobreza. Lo anterior repercute en su identidad, autoestima y en el desarrollo de sus personalidades, que se encuentran en proceso de formación. Sin duda, se trata de hechos con gran resonancia en la vida del país que, sin embargo, no parecen ser objeto de atención.

¿En qué territorios existe conflicto armado? La guerra con todo lo que implica, violencia permanente, bombardeos, situaciones de persecución, enfrentamientos en los cuales la población civil queda atrapada en medio del fuego, tiene lugar con más frecuencia en las zonas periféricas alejadas de las grandes ciudades. Se ha dicho que en Colombia la mitad del territorio, es decir, el sur de Colombia, ha sido desde tiempo atrás territorio guerrillero y el norte del país, prácticamente la otra mitad, ha sido territorio de paramilitares,

es decir, de ejércitos de contingencia muchas veces auspiciados por ganaderos, grandes terratenientes e incluso, por el mismo Estado, en franca complicidad con las acciones violentas. Así es que no existe una única franja del territorio en la cual la guerra tenga lugar, porque tiene lugar en casi todo el territorio nacional y dentro de las ciudades existen igualmente disputas territoriales. En general, las consecuencias del conflicto armado afectan a la totalidad del país.

Si tú vienes de vacaciones, por ejemplo, a ciudades como Bogotá, Cali, Medellín y/o Cartagena, raramente verías el conflicto armado. De hecho, esta franja de protección urbana prácticamente se encuentra al margen del conflicto armado, porque se prefiere ignorar el conflicto; pero es un conflicto que afecta transversalmente la totalidad de la vida nacional.

Paulo Fraga: Además de los cambios del actual gobierno en comparación con el gobierno anterior en torno a su intento de poner fin al conflicto armado, ¿también podríamos hablar de que se producen cambios en torno a las políticas para adolescentes y para los niños en el actual gobierno?

Germán Muñoz: Cuando hablamos del actual gobierno, el gobierno Santos, estamos hablando de un gobierno que tiene una clara continuidad con el gobierno anterior, es decir, el gobierno [Álvaro] Uribe [Vélez]. De hecho, el gobierno Uribe fue el primer gobierno reelecto en Colombia, que estuvo un periodo más largo en el poder supuestamente para terminar de ‘pacificar’ al país, no obstante la confrontación armada continuó con niveles más o menos similares. A finales del siglo pasado la violencia había llegado a niveles muy elevados y con el Plan Colombia, apoyado por los Estados Unidos, llegó a ser una guerra con armamento mucho más pesado y tecnología sofisticada. Santos fue Ministro de Defensa en el gobierno Uribe, por eso digo que hay continuidad total, no se trata de una posición nueva, sino de una posición de continuidad en el modo de enfrentar la guerra.

Sin embargo, en el gobierno de Santos la bandera enarbolada ha sido el tema de la paz o de la negociación del conflicto armado en la mesa de la Habana. Esta negociación comenzó sin la presencia de todos los actores de la sociedad civil, solamente algunos asistieron de forma casi secreta. El proceso de diálogo poco a poco se ha ido abriendo y la negociación ha llegado a conocerse por una mayor parte de la sociedad colombiana.

¿Qué pasa en medio de esta situación con los niños, niñas y jóvenes? El día de ayer (22 de junio) se posesionó el nuevo Ministro de Defensa y curiosamente, a partir de este momento, la Fiscalía de la República desempolvó y sacó a la luz el tema de la responsabilidad de los militares en lo acontecido con los llamados “falsos positivos”.

Cuando me presenté hablé del juvenicidio – tema de mi interés investigativo. Entiendo el juvenicidio como crímenes de estado, prácticas que han sido socialmente aceptadas y que tienen que ver con formas múltiples y diversas de atentar contra la vida de los y las jóvenes, lo cual no es exclusivo de Colombia. Es decir, los asesinatos sistemáticos de jóvenes, los atentados a la vida digna de jóvenes y la forma como a través de los medios de comunicación se representan y se señalan los jóvenes como peligrosos, como sujetos que ponen en riesgo a la sociedad, permitieron que ocurrieran en Colombia durante los

años del gobierno Uribe, en particular del 2002 al 2010, cerca de 5.700 asesinatos sistemáticos cometidos por Ejército Nacional, llamados “falsos positivos”. Reclutaban jóvenes, se les prometía trabajo, o se capturaban jóvenes campesinos en diversas regiones del país. Luego eran asesinados, se les vestía de guerrilleros y se presentaban ante los medios como guerrilleros muertos en combate, para cobrar recompensas por sus cuerpos. Los que fueron responsables de esto, muchos batallones a lo largo y ancho del país, los presentaron justamente como eso, como guerrilleros muertos en la guerra. En términos de la “seguridad democrática” -nombre que tuvo el plan del gobierno de Uribe -, se trataba de combatir organizaciones de la guerrilla y el terrorismo, mostrando resultados mediante la presentación de “bajas”. En realidad fueron más de 5.000 asesinatos que se corresponden, en su mayor parte, con jóvenes de sectores populares y campesinos, con responsabilidad política, por supuesto, del Estado colombiano.

Creo que estos hechos muestran la existencia de una política implícita de los gobiernos nacionales. Política que, obviamente, no aparece en ningún documento porque en su lugar se habla en términos de lucha contra el terrorismo y contra la guerrilla, pero los hechos muestran otra política que no se enuncia de forma abierta pero que definitivamente afecta la vida de niños y jóvenes, mediante estas ejecuciones extrajudiciales. ¿Cómo podemos entender lo que significa ser niño en medio de la guerra, cuando niños y jóvenes son presentados como guerrilleros y asesinados en medio de circunstancias atroces? Hay que decir que se trata de una guerra con un nivel de atrocidad excesivo, mientras el Estado se lava las manos ante este tipo de situaciones.

Paulo Fraga: Usted habló de una cuestión que es fundamental, el juvenicidio. Nosotros en Brasil lógicamente no tenemos una guerra civil como la de Colombia, pero tenemos una situación muy grave en relación a los jóvenes que son asesinados. Las principales víctimas de homicidios en Brasil también son los jóvenes y hoy hay una discusión muy fuerte en el país sobre el tema de la reducción de la mayoría de edad penal a 16 años. Los sectores conservadores trabajan con dedicación para cambiar la ley vigente. Hoy en Brasil tenemos un congreso muy conservador que puja por que se implemente una nueva ley y estos sectores han conseguido colocar en pauta la cuestión de la disminución de la mayoría de edad penal. Me gustaría saber en qué situación se encuentra esta cuestión en Colombia, así como su opinión sobre la disminución de la mayoría de edad. En Brasil dicen que los jóvenes con 16 años saben muy bien lo que hacen y, por lo tanto, deben asumir responsabilidad por los crímenes, aunque la mayoría de los crímenes violentos son cometidos por adultos.

Germán Muñoz: Luego de casi 10 años de vigencia del Sistema de Responsabilidad Penal para Adolescentes no existe una política que enfrente el fenómeno de la justicia juvenil, tampoco existe justicia juvenil específica y pedagógica pensada para jóvenes en conflicto con la ley, y menos aún, medidas preventivas que disuadan a los jóvenes de elegir el camino del delito. Deberíamos contar con más política social y menos política criminal para los jóvenes en Colombia.

En Colombia no es solo el congreso, no es solo el gobierno, es la sociedad en su mayoría, la que es muy conservadora; y ese modo de pensar y esa ideología conservadora se ex-

presa en los medios, en las leyes, en temas como, por ejemplo, el matrimonio igualitario, el consumo moderado de sustancias psicoactivas etc., temas que aquí difícilmente van a poder ser legislados, porque la iglesia, el ejército, la policía, la sociedad en general no aceptan, ni siquiera, que sean objeto de discusión.

El problema del juvenicidio, como bien lo planteas en tu pregunta, no es exclusivo de la sociedad colombiana ni de la mexicana. La palabra juvenicidio empieza a ser usada por primera vez en libros, en la academia y los medios, por José Manuel Valenzuela, investigador sobre las temáticas de los jóvenes y de la cultura en México, a través de un libro suyo que se llama “Sed de Mal”, donde habla del juvenicidio asociado al tema feminicidio.

Cuando hablamos de juvenicidio a nivel latinoamericano, no hablamos de hechos aislados, errores, o crímenes cometidos contra jóvenes ligados al bandidaje y la ilegalidad, no es eso. Estamos hablando de políticas permanentes y sistemáticas en todos los países de América Latina, bien camufladas, a través de las cuales podemos rastrear el objetivo de atentar contra la vida de los jóvenes, en tiempos recientes, pero también desde tiempos más remotos. Tú mencionas Brasil, por supuesto; basta leer las estadísticas de asesinatos de jóvenes en Río de Janeiro. Igual sucede en México (recordemos Tlatelolco), recordemos “la noche de los lápices” en Argentina; tendríamos que hablar también de las masacres en Lima (en la universidad de San Marcos), de la casona universitaria en Guayaquil, de los 43 normalistas de Ayotzinapa, que recientemente han levantado una ola muy grande de indignación.

Cuando hablamos hoy de juvenicidio, para muchos investigadores latinoamericanos, estamos hablando de todas las formas de atentar contra la vida digna, contra la vida ‘decente’ de jóvenes, mediante atentados a las posibilidades de empleo, en el plano económico, atentados a la participación, en el plano político, atentados a la correcta representación mediática y señalamientos a través de formas simbólicas y, por supuesto, atentados a la vida propiamente dicha.

Entonces, creo que es muy útil que nos hagamos una pregunta escalofriante y desgarradora: ¿por qué mueren los jóvenes hoy en los países de América Latina? La respuesta en Colombia o en México (ver trabajos de Rossana Reguillo), o en São Paulo (ver los resultados del grupo de investigación de Silvia Borelli y Rita Alves) etc., revela que los jóvenes se matan o los matan, es decir, se suicidan o los asesinan. Por lo tanto, la tendencia observable a escala global evidencia que los jóvenes mueren a causa de la violencia fundamentalmente y los números son aterradores. Reguillo, la investigadora mexicana, dice que en México en el 2012 murieron 20.700 jóvenes, es decir, más de 20.000 hijos, hermanos, estudiantes, esposos y padres jóvenes; más de la mitad de esos 20.000 murieron a causa de violencia directa.

Pero en el caso colombiano, a mí lo que me parece muy significativo, es entender que muchos jóvenes que han muerto en Colombia, en medio del conflicto armado, han muerto en relación con crímenes de Estado. Han sido asesinados por razones de conveniencia política. Achille Mbembe, el autor camerunés, escribe el libro “Necropolítica” hablando

justamente, no de la “nuda” vida de la que hablaba Agamben, sino de la “nuda” muerte. Estamos hablando de una forma sistemática de gestionar la muerte en la sociedad contemporánea. Es decir, la sociedad entera hoy, a través de sus mecanismos de poder, decide quiénes merecen vivir o morir y aparentemente entre quienes merecen morir se encuentran mujeres y jóvenes y a eso se le llama necropolítica.

Creo que cuando hablamos de los “falsos positivos” - que es el juvenicidio más significativo y atroz de la reciente historia colombiana, más de 5.000 civiles, ciudadanos comunes y corrientes, de sectores populares que no tenían nada que ver con la guerra, que vivían en sus barrios, en sus veredas, en el campo y en pueblos de todo el país, fueron hechos prisioneros, secuestrados, asesinados, disfrazados como guerrilleros -, estamos hablando de crímenes de Estado, de lo cual el Estado colombiano no querrá hablar, pues no admite ser señalado como autor de esos crímenes que afectan a niños y jóvenes en una altísima proporción.

Paulo Fraga: En Brasil, yo estoy trabajando el tema del involucramiento de agricultores y trabajadores rurales con el cultivo de ‘cannabis’. En nuestro país hay una producción de cerca del 30%, 40% del ‘cannabis’ que se consume, me gustaría saber en Colombia, ¿cuál es la situación actual con la producción de la cocaína y otras sustancias consideradas ilegales para el consumo y específicamente que participación tienen jóvenes y niños en esta actividad de producción?

Germán Muñoz: En la producción de coca, de marihuana y en general de sustancias psicoactivas no hay participación directa de niños y jóvenes. Los que viven en los territorios en que existen cultivos, los llamados ‘raspachines’ (recolectores de hojas), se involucran como forma de supervivencia. Hay amplias regiones de Colombia en las cuales los cultivos de coca, de ‘cannabis’, de amapola, están en territorios cuyos pobladores cultivan muchas otras plantas para su alimentación. Quienes viven allí no son productores, son mano de obra contratada por los dueños de esos cultivos, por los grandes narcotraficantes y las guerrillas, dado que es una fuente muy grande de riqueza para sus empresas. Están involucrados en tanto viven ahí y recogen los cultivos. El consumo de psicoactivos ha crecido o se mantiene, pero, en Colombia, está prohibido, es perseguido por acuerdos con el gobierno norteamericano. No es como en Uruguay donde el consumo está regulado por el Estado. Como dije antes, Colombia es una sociedad muy conservadora donde estos temas no son de discusión abierta, mucho menos su legalización.

Paulo Fraga: ¿Cómo la academia en Colombia, a través de sus investigaciones, de sus formas de participar, responde ante esta situación tan desafiante y difícil del juvenicidio, ante los varios tipos de violencia contra niños y adolescentes? ¿Cómo participa la academia, qué posición asume ante esta grave problemática social?

Germán Muñoz: Los centros de investigación empiezan a tomar conciencia y colocar como parte de su agenda investigativa desde los años 90 del siglo pasado el tema de los jóvenes. De hecho, no solamente en Colombia, en América Latina y casi en el mundo entero se hacen visibles los niños y los jóvenes no hace más de 20, 30 años. El tema de las mujeres y el género tiene una tradición más larga y tiene un acervo de producción científica mucho más

fuerte, grande, significativa. Cuando hablamos de niños y de jóvenes hay que recordar que en 1985 las Naciones Unidas declaran por vez primera el famoso año mundial de la juventud y de ahí en adelante entra en las agendas públicas el tema de la juventud.

El tema de la infancia tiene una agenda algo más antigua que el tema de la juventud. Desde 1991 la Convención Internacional de Derechos de la Infancia, firmada por una gran mayoría de naciones del mundo, pone en su agenda pública el tema de la niñez, pero el tema de la juventud entra muy lentamente, con menor profundidad y reflexión, porque no se diferencia claramente qué es un niño, qué es un joven, se sigue hablando de adolescentes, se sigue hablando de pubertad, todavía no es claro de qué población estamos hablando.

Ya no parece tan importante hacer esas diferenciaciones etarias porque la academia ha venido generando cambios significativos en la manera de comprender hoy lo que significa ser joven, más bien, comprender la condición juvenil. Apenas en la última década del siglo pasado el tema entra en las agendas públicas; a su vez, con abordajes más recientes, entran las prácticas juveniles en las agendas de investigación y en los medios de comunicación, prácticas musicales, prácticas del cuerpo, que emergen como prácticas de resistencia.

En el año 2000 se inicia un doctorado en niñez y juventud que tiene su epicentro en la ciudad de Manizales. La existencia de un doctorado en este tema habla de la importancia que la academia empieza concederle. No obstante pienso que en temas como juvenicidio, ni la academia, ni las políticas públicas, ni los medios de comunicación han tenido claridad. Es un tema que hace apenas uno o dos años empieza a emerger; pienso que ni la derecha, ni la izquierda, ni los gobiernos locales o nacionales han podido entender la gravedad del trasfondo de este asunto, ni le han otorgado importancia significativa.

Ya desde el 2002 empiezan a ocurrir los “falsos positivos”, pero la historia en Colombia de violencia armada contra niños, jóvenes y población civil es una historia larga de sesenta años. Pero si tú lees el documento del Centro Nacional de Memoria Histórica¹, un documento de 250 páginas, o los doce ensayos de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas², de más de 850 páginas, en esos dos documentos que están en la mesa de negociación de la Habana, el tema de los jóvenes no aparece, no está, se menciona apenas en forma casual, en forma muy tangencial. Los jóvenes no han tenido representación en la mesa de la Habana.

La academia tiene una deuda grande con el tema de juventud y ha empezado a poner el foco de interés en sus formas de resistencia, en sus nuevas formas de acción colectiva. La acción colectiva juvenil es un tema fundamental, que he venido trabajando en los

1 <http://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>

2 <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/oacp/Pages/informes-especiales/resumen-informe-comision-historica-conflicto-victimas/el-conflicto-y-sus-victimas.aspx>

últimos 5 años de investigación. Las formas de acción colectiva juvenil enfrentan decididamente las formas de gobierno y al horror como categoría de análisis, que es el asunto fundamental sobre el cual es necesario generar un desplazamiento analítico para reconfigurar nuestra manera de interpretar el mundo en el cual hoy viven, más bien mueren, los jóvenes, sin que exista por parte de la sociedad una clara posición que enfrente esta cruda muerte, esta necropolítica.

Paulo Fraga: Me gustaría hacer una última pregunta, ¿dónde está la luz al final del túnel? En su opinión, ¿cuáles serían las principales medidas que necesitan ser tomadas para que haya un cambio o una mejora de la situación de los niños y adolescentes, justamente en relación con esto que usted llama necropolítica y juvenicidio en América Latina, pero especialmente en Colombia?

Germán Muñoz: En el mundo entero la vida de los jóvenes se empieza a proponer como objeto de reflexión pública; se empieza a hacer visible lo que está sucediendo a partir del horror llamado Ayotzinapa, del horror llamado “falsos positivos” en Colombia, del horror de muchos lugares de América Latina, donde la violencia contra indígenas y contra jóvenes campesinos es un poco más oculta, pero igualmente fuerte.

Un libro que se encuentra en imprenta, “Prohibido Olvidar”, hablará del juvenicidio, y allí se podrá leer un capítulo entero de investigadoras brasileñas acerca del asesinato sistemático de jóvenes indígenas en diversas regiones de Brasil. Todo eso es un horror que no se ha hecho público y sobre el cual las sociedades latinoamericanas aún no tienen una posición clara, pero todo este horror que empieza a ser puesto a la luz pública nos va a obligar, primero, a prestar atención a este modo de violencia contra los niños y jóvenes; segundo, a visibilizar a los niños y jóvenes como sujetos vulnerados por la violencia, pero también como protagonistas del presente y del futuro, porque visibilizarlos es una tarea pendiente, los hemos visto como peligrosos, como riesgosos, como generadores de problemas, pero no los hemos visibilizado como protagonistas, actores sociales del presente y del futuro; tercero, esta visibilidad está fomentando una conversación colectiva, en la cual los actores sociales descubren un nosotros que no estaba solo, sino que compartía desesperanzas y soledades, y en medio de toda esta violencia, niños y jóvenes están tomando la voz, están apareciendo públicamente.

Cuando yo hablo de acción colectiva juvenil, lo que me parece importante es justamente que aparece un rostro joven diverso, cambiante. Este sector de la población tiene entre sus manos una convocatoria a toda la sociedad para generar una nueva forma de vida, una reformulación de los modos de pensar, una reconfiguración de los significados de la vida social, para cambiar los cimientos de la sociedad, para comprender el mundo de otra manera, para postular con su acción un mundo distinto, un mundo donde quepan muchos mundos; y esto tendrá que ver con todos los grandes temas que hoy inquietan a los jóvenes, por ejemplo, el cambio climático, el cuidado de la naturaleza, la relación con un modo de sociedad en la cual como se dice en las constituciones nacionales de Ecuador y Bolivia, lo fundamental sea el buen vivir más que el desarrollo salvaje, el buen vivir más que el consumo, en donde caben por supuesto los derechos del agua, de la tierra, de las comunidades y de todos los actores sociales, entre ellos niños, niñas y jóvenes, con sus voces, con sus formas de acción.

Paulo Fraga: Doctor Germán, muchas gracias por concedernos esta entrevista, por vincularla con su trabajo que consideramos muy importante.

Germán Muñoz: Muchas gracias a usted y a DESidades por la invitación. Estaré en JUBRA³ en septiembre próximo, espero poder conocerlos personalmente.

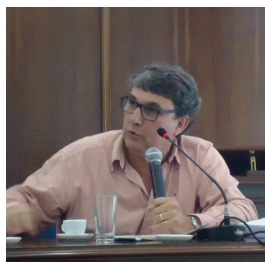
PALABRAS CLAVE: conflicto armado, Colombia, niñez, juvenicidio, desplazamiento.



Germán Muñoz González

Doctor en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud (Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Manizales – CINDE, Colombia). Docente e investigador en Ciencias Sociales con especialización en Estudios Culturales, en las áreas de la Comunicación, la Sociología de la Juventud, la Educación y el Desarrollo Social en la Universidad de Manizales, Colombia.

germancitom@yahoo.es



Paulo Cesar Pontes Fraga

Doctor en Sociología por la Universidade de São Paulo. Profesor de la Universidade Federal de Juiz de Fora, Brasil. Especialista en estudios sobre Violencia, Derechos Humanos, Droga y Política Pública.

pcp_fraga@yahoo.com.br

³ VI Simpósio Internacional sobre a Juventude Brasileira, com realização no Rio de Janeiro, Brasil, de 10 a 12 de setembro de 2015.